

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

ALRAIIS ABUHALI-ALHASSEN-

EBENHALI-EBENSINA (AVICENA).

(Conclusion.)

En cuanto á su parte intelectual, aparece como hombre dotado de memoria ejemplar, rápida comprension, recto juicio y genio observador, acompañado todo de una constante laboriosidad, y ambicion de saber, segun lo confirman la precocidad de sus estudios, la facilidad con que adquiria los conocimientos que poseia, el número á que estos ascendian, los numerosos escritos que redactó, y la multitud de apreciaciones, descripciones, y noticias que en ellos se consignan, analizando con rectitud las opiniones ajenas, admitiéndolas, modificándolas ó rechazándolas, segun su criterio, y con presencia de lo que habia visto y observado, contribuyendo á ello notablemente, los multiplicados y estensos viajes que verificó, los que le facilitaron tratar con muchas gentes, ver y estudiar multitud de cosas, segun refiere, cuando es conveniente. Como muchos de sus antecesores y contemporáneos, abrazó todas las ciencias, y fué un verdadero enciclopedista, cual otros ingenios de la antigüedad y edad media. En su conjunto trazó con este

objeto, un círculo más estenso que el recorrido por Aristóteles, y sus escritos han sido provechosos para más de un hombre eminente de los que lo estudiaron, como S. Alberto y otros, que le copiaron é imitaron cuando fué conveniente, encontrando en él, tal vez, más de un pensamiento notable. Despues de su muerte, se contaban ciento ó más escritos que llevaban su nombre, si bien la mayor parte, son breves tratados que no merecen el título de libros. Algunos de ellos están dedicados á sus amigos y protectores, demostrando así su agradecimiento, y la belleza de sus sentimientos. Unos se han impreso y divulgado, y otros yacen depositados en las bibliotecas, como constante testimonio de su laboriosidad, y muestra de lo que fué la tan ponderada sabiduría arábica, de suerte, que apenas si se conocen sus títulos; debido seguramente al poco mérito que contienen, y á su tardía adquisicion, cuando ya carecian de oportunidad para darles publicidad.

Para juzgarle, es preciso pues, considerarle bajo un triple aspecto científico, á saber: como filósofo, como naturalista, y como médico. Como filósofo, fué discípulo de Aristóteles á quien copió, imitó, abrevió ó comentó, segun convenia, generalizando su estudio entre los Arabes, si bien nunca alcanzó el reputado concepto que merecieron, y el influjo que en esta parte ejercieron otros filósofos árabes, como Averroes y Algazel por ejemplo. Como naturalista, si bien se redujo á copiar al mencionado Aristóteles en general, en particular se le diferenció en su historia de los animales, sobrebujándole aveces, pudiendo decir otro tanto de la Botánica, en la parte referente á las plantas medicinales, de las que conoció mayor número de especies, y describió con más y mejor copia de datos, habiéndole servido de mucho su reputado maestro el célebre Alfarabi, conocido por el *Fénix del siglo X*, á quien solo sobrepujó el famoso Ben-Beithar. En este segundo concepto, merece especial mencion, su presentimiento, ó mejor, la indicacion que hizo el primero, acerca de la verdadera naturaleza de los fósiles, de los cuales dedujo que el mar ó las aguas, habian cubierto las tierras en otras épocas, así como indicó el sistema

del levantamiento de las cordilleras por causas subterráneas profundas, y su forma, por la acción de las lluvias, etc. (x) Y en cuanto á la Medicina, seré lacónico, porque la índole de este escrito, no permite estensas consideraciones. En general, siguió á Galeno, y no descuidó á otros médicos griegos, y conoció á varios contemporáneos, cuyas doctrinas citó con frecuencia, así árabes como judíos. En Oriente, fué lo que Avenzoar y Averroes en Occidente, á quienes fué inferior, especialmente al segundo, porque más conocedor de la ciencia, fué el primero, que hizo caminar juntas á la Medicina y á la Filosofía, empleando el razonamiento descuidado por los Arabes. A pesar de lo espuesto, sobrepujóles en celebridad, debido sin duda á circunstancias especiales, y tal vez á la oportunidad de haber aparecido en la escena científica, ántes que estas dos eminencias de su escuela. Probable es, sin embargo, que algunos libros que llevan su nombre al frente, sean obras de especuladores, que así les dieron una importancia de que carecían (y).

ob Dos juicios harto diversos y encontrados, han formulado los críticos sobre este hombre; ambos inspirados por la pasión, y como tales, injustos y desacertados. Para unos es un charlatan despreciable, al paso que para otros es un genio extraordinario. Elogios y vituperios, que á ser ciertos, deben aplicarse á todos los escritores médicos de la escuela arábica, á la cual pertenecía, porque esta se hallaba constituida por sus antecesores y maestros. Obrando de esta suerte, ni se le calificára de verdugo, como le llamaba un crítico, ni se le reverenciára como la sublimidad del genio, segun practicaban las antiguas escuelas, prestándole un culto que rayaba en idolatría. Preciso es, pues, recordar los tiempos en que vivió, y conocer á fondo la historia de la Medicina. La ciencia, en todos los llamados sabios de la escuela arábica, no fué más que un puro depósito, recibido de los Griegos, y transmitido con pocas creces á los modernos, á contar desde el renacimiento, y cuando se proclamó el libre exámen, aconsejado ya ántes por algunos sabios de la edad media. La entregaron por lo tanto, casi tan in-

tegra como la recibieron, si se la considera en general, y especialmente en la parte que se refiere al verdadero espíritu filosófico ó de causalidad. Solo en lo que exige la observacion y contemplacion, alcanzó algunos aumentos, por prestarse á ellos su carácter contemplativo; pero recordando que de la India recibieron á la vez, un poderoso auxiliar con la introduccion del Algebra, y de varios adelantos astronómicos y tal vez filosóficos, lo mismo que médicos. Avicenas, pues, en general, se limitó como acabo de decir, á copiar á los Griegos, reasumidos en Galeno, y si en algo le supera, es en el número y preparacion de las sustancias medicinales que recomienda en sus libros, desconocidas muchas de ellas de los antiguos Griegos. En rigor, así la Química como su hija la Farmácia, son creacion se puede decir, de la escuela arábica, que se debe reputar como la primera que empleó los preparados químicos, especialmente de índole mineral, como inventores de las destilaciones y otros operados químicos. En esta materia, participó de la crédula ignorancia de sus contemporáneos, admitiendo como útiles, un sin número de materias, no solo inertes, sino á veces á cual más asquerosa y repugnante, cuyos recuerdos los encontraremos aun en los remedios aconsejados por los estúpidos curanderos. Igualmente empleaba con frecuencia, las preparaciones más absurdas y monstruosas, ya por la diferencia de la naturaleza de los ingredientes, ya por su crecido número, con lo que daba lugar á reacciones desconocidas, y neutralizando el poder de los artículos que las componian, ó determinando nuevas combinaciones cuyos efectos era difícil preveer. Ha dicho un crítico y con sobra de razon, que la parsimonia en los remedios, prueba el buen juicio de la Medicina griega, al paso que su multitud y variedad, demuestra, ó ignorancia ó credulidad, cuando no charlatanismo.

Pocos adelantos pues, le debe la ciencia de curar; en rigor quedan reducidos á la primera descripcion de la enfermedad cutánea, conocida hoy por *Urticaria*, y denominada por él, con el nombre de *Essera*, y segun Kurt Sprengel, á la de la escarlatina, aunque no esté bien probado.

Igualmente, fué de los primeros que trató de las viruelas, y si bien lo verificó con conocimiento de causa, por haberlas observado con frecuencia, no pasó en general de esponer, lo que ya ántes escribiera el célebre Rhazis. Otra afeccion propia del Oriente, tal cual es, la llamada *dragoncillo*, filaria ó gusano de la Meca (areug-el-Medine de los árabes) y á la que denominó Vena Medenæ, se halla descrita en sus libros por primera vez, y observada allí por él, lo mismo que en otros puntos; y si es verdad que Galeno, indicó su existencia, lo hizo solo por referencia, y sin haberla visto jamas. El atraso de la ciencia, no le permitió conocer entónces su verdadera esencia; pero se aproximó notablemente, diciendo, que se estraia de la parte enferma, una cosa como un nervio ó gusano (z). El Sr. Morejon, supuso infundadamente por fin, que Avenzoar, fué el que primero habló del *bezoar*, remedio que por cierto, honra poco á la Medicina arábica; pero esto es inexacto, porque Avicenas lo recomienda como antiveneno, si bien no indica su naturaleza, por suponerla conocida seguramente (aa).

Duradera y estensa ha sido la celebridad de este hombre. He indicado las causas, que en parte contribuyeron á darle una superioridad, que de seguro no merecia, cuando se le compara á sus contemporáneos y sucesores de su misma escuela y procedencia; pero esto no debe estrañarse; el hombre es siempre hijo de las circunstancias; para juzgarlo es preciso referirse á las que le rodearon, porqué si estas no fuesen tales, no llegara al rango de las celebridades, así como estas no siempre pasan todas más allá del círculo en que han girado, cuando son extraordinarias. La fama, con frecuencia es hija de la casual fortuna, y está como ella sujeta á sus caprichos, y esto prescindiendo, de que al hombre no le basta saber, para pasar por sabio; para ser célebre es indispensable ser celebrado, y es verdad, porqué el verdadero mérito, suele siempre ser compañero del retraimiento y de la modestia, y se obscurece sino se pone frente á frente de los rayos de la luz. Díganlo sinó, ese enjambre de modernos periodistas, que tributando á manos llenas el inmundo incienso de la asquerosa adula-

cion, dejan en la sombra á hombres eminentes, al paso que levantan muy alto en virtud y saber, á las más despreciables personas de la sociedad, á quienes las turbas ignorantes ó fanáticas, adoran cual génios extraordinarios, cuando por su raquílica pequeñez, solo debieran rastrear por el in-mundo polvo de las más oscuras regiones. En cuanto al individuo que nos entretiene, no llega á tan ínfimo grado. Hijo de sus obras, y no por su nacimiento, ni por su posición, ni por sus bajos manejos, no pudo como hoy día, mendigar la celebridad de que disfrutó, porque si en vida la alcanzó por sus merecimientos, tras de su muerte, llegó á la más alta elevacion, á que es dado alcanzar en el orbe científico; y que debida fué en parte, á la oportuna aparición de sus obras, cuando la Medicina árabe empezó á llamar la atención de los estudiosos, por las novedades que contenia. El fanatismo científico, pues, le prestó su mayor auxilio, porque en los pasados siglos, era tan exagerado como el religioso y político. No obstante, no podemos negar que si obtuvo superioridad en el campo del saber, lo debe en parte á sus laboriosos esfuerzos. Su trabajo intelectual continuado, aumentó como el físico, la potencia de su órgano cerebral, y le proporcionó mayores facilidades para llegar al término de sus justas y nobles aspiraciones; por eso no debe estrañarse, que gracias á esta facultad, el espíritu alcance una actividad, que hace crecer á los hombres, que más menguados parecían en sus primeros pasos en el camino del saber.

Y si el pensamiento es de los mayores dones que el hombre posee, gracias á su organizacion; el talento con que se espresa, será el primer fruto del arte ó del estudio, y en este sentido la inteligencia privilegiada de Avicenas, cumplió los destinos de la humanidad, porque supo espresar el fruto de su trabajo, sino con la rectitud de las actuales capacidades, al ménos con arreglo á las notabilidades de sus tiempos; preciso es recordar, que aun no se habian abierto las vias que los siglos han ido trazando para llegar á su objetivo. Y si los hombres célebres honran al pais que les vió nacer, aun cuando en mi sentir, esto en nada in-

fluye en el grado de la inteligencia, con mayor razon, lo serán de ésta, con que Dios dotó al hombre, su última y privilegiada creacion; pero si la ciencia no tiene patria, como igualmente dice con acierto el Sr. M. A. y S. y pertenece á todos los siglos, careciendo de épocas, por desaparecer y reaparecer alternativamente como los imperios; no es ménos positivo, que es patrimonio esclusivo ó dote más ó ménos aventajado, de determinadas castas ó razas humanas, como quieran llamarse; y entre ellas, de ciertas personas, cuando su organizacion es más perfecta y adecuada á determinadas materias; pues sin esta aptitud general de aquellas, y la especial de estas, en valde luchará el hombre para adquirir ciertos conocimientos creados por la misma inteligencia, en la cual existen en gérmen. Cada casta en general, y cada individuo en particular, tienen su especial aptitud, como tienen su fisonomia peculiar, efecto de su conformacion cerebral. El pueblo griego y el indio, han creado lo que nunca pudo crear el romano su discípulo é imitador. Las razas semíticas, nunca han igualado á las germanas; la historia científico-literaria lo patentiza, dando lo suyo á cada una. Y las razas ó pueblos negros, hasta el presente, no han contribuido con contingente alguno para el templo del saber. No es extraño, pues, porqué en el órden gerárquico de la creacion científica, deben considerarse como el primer eslabon de la humanidad, y como tal, ménos favorecidas en su organizacion intelectual. La verdadera unidad humana, aunque escrita en los libros sagrados y en los modernos códigos, científicamente puede rechazarse. Solo existe ante los ojos de Dios, como efecto de la verdadera fraternidad cristiana; pero ante la sociedad, dista mucho de ser la espresion de la realidad. Las Antillas responderán á mi favor. Es como la igualdad y fraternidad republicana, con sus pomposos lemas de dignidad humana, emancipacion, progreso, justicia, etc., muy exaltados en sus discursos al aire libre, pero que nunca llegan á la realidad práctica, y que manifiestan su tolerancia, enviando al cadalso, á los que no son de su opinion, con el laudable objeto de regenerar á la humanidad. Los parias

de todas clases aun no han acabado, y en su origen, más de una vez, tuvieron razon de ser. Si no existe igualdad física entre los hombres, y si solo se puede aspirar á la moral y cristiana, es porqué la intelectual no lo es absolutamente, y difícil es que llegue á serlo jamás. Hé aquí porqué considero, que el hombre mirado bajo ciertos aspectos, es cosmopolita, que si algo debe al país que le dió vida; mayor deuda contrae con el que le guió por el camino del saber, y en último término, con Dios, que todo se lo concedió, dándole libertad para sí y ante sus semejantes, con la responsabilidad de sus acciones, y único árbitro de su destino. Todo lo alcanzó de Dios; y especialmente el poder para dominar al Universo, y la suficiente aptitud para conocer los seres que lo pueblan, y las leyes por las cuales se rige. Deber suyo es buscar en los fecundos manantiales de actividad con que le enriqueció, organizándole al efecto, lo que debe y puede para continuar el curso de la vida. Como provisto de libertad y de razon, en lo moral é intelectual, ha de buscar el camino más apropósito para corresponder al Creador, trabajando por sí solo, gracias á su independendencia y arregladamente á la constitucion del Poder increado, y girando siempre en la órbita que le tiene trazada. Cuando su organizacion intelectual es aventajada, busca la verdad, que es el más bello objetivo del alma humana, en la cual solamente se encuentra el progreso y la vida. Entónces, adquiere el conocimiento de sí propio, y del mundo exterior, y con su auxilio descubre cuánto le rodea. Así procedió Avicenas, al cumplir los destinos de la humanidad, demostrando de cuánto es capaz, el que dotado de escogida constitucion, sabe ponerla en accion para estudiar como él, no solo al hombre en sus diferentes estados, sinó al mundo entero para arrancarle los secretos del plan del divino poder que los creó, comprobando que solo al hombre es dado presentirlos y manifestarlos, como animado que está por el mismo poder.

Y si la Historia general de los pueblos, solo registra los hechos notables, y de trasdendencia en los destinos de

las naciones, olvidando los que carecen de importancia, del mismo modo, la de las ciencias en particular, nunca dejará de transcribir el nombre de Avicenas por el influjo que con ellas tuvo, marcando una época notable de su curso. Cuántos elevados personajes, que figuraron en visibles puestos, han sido olvidados, ó apenas columbrados al través de lejana nebulosidad, porque la yerba crece y oculta sus sepulcros, el viento ha oxidado los broncees que los ornaban, y las pisadas de los hombres, han borrado las inscripciones con que la adulacion y el poder, se esforzaron en vano para conservar sus inútiles nombres. Todo perece es verdad en las leyes de la materia, pero en las espirituales de la ciencia, todo es eterno, á su abrigo se conservan los de los que á su sombra trabajaron en provecho de sus semejantes, entre los cuales se cuenta al célebre Avicenas, al que nadie dedicó, ni sepulcros, ni estatuas, ni monumentos, bastándole sus libros para eternizar su memoria.

NOTAS.

(x) En Strabon, sin embargo, se encuentra igualmente este presentimiento geológico, así como Xenofanes ya enseñaba muy anteriormente, que el suelo de la tierra hoy seco, habia salido del fondo del mar.

(y) En la nota sobre la familia de Avenzoar, se dijo que el primer ejemplar de sus obras médicas fué traído á España, en tiempo del tercero de este nombre, y desde aquí pasó á Montpellier, en el siglo siguiente llevado por los judíos de Córdoba.

(z) Esta enfermedad, que puede compararse á la llamada *nigua* en América, principia por una començon desagradable, tras la cual se manifiesta un tumor algo parecido á un divieso ó forunculo, en cuyo interior, se encuentra el parásito que se puede comparar á una cuerda de violon, y cuyo cuerpo como formado de anillos, mide desde 1 á 25 milímetros de diámetro y hasta 25 á 30 de longitud. Aunque puede manifestarse en todas las partes del cuerpo, y en número de uno ó más, prefiere las estremidades inferiores. Y si bien no respeta clase alguna de la Sociedad, en general es más frecuente en las personas que llevan desabrigadas las partes atacadas. De causa desconocida, es rarísima en Europa, si bien en las riberas pantanosas del Newa en Rusia puede presentarse. En el N. de Africa, es rara; pero en Sahara y Tuggurt es más frecuente; y en Guinea, Abisinia y Kor-

dofar, Darfour y Sennaar es endémica, y comun en el Asia, especialmente en Arabia, Persia, India oriental, etc.

(aa) El bezoar, que durante muchos años, gozó en la antigüedad de maravillosas propiedades, como antiveneno, no es más que un concrecion, piedra, ó cálculo formado en el estómago, intestinos, mejor, vegiga de ciertos cuadrúpedos. El más reputado era el procedente de los ciervos. Creían los naturalistas, que estos animale para adquirir vigor, comian víboras; pero para que su veneno n les dañase, instintivamente se zambullian en las aguas de los rios dejando solo fuera la cabeza; y seguidamente principiaba á manarles un fluido de los parpados, que se petrificaba, etc. Cuento tan absurdo como infundado.

FIN.

FERNANDO WEYLER.

Palma 30 Abril de 1877.

APÉNDICE

Á LOS ARTÍCULOS CRÍTICO - BIOGRÁFICOS SOBRE AVICENAS, CONTENIDOS EN LOS NÚMEROS 8, 9 Y 10 DE ESTE PERIÓDICO, Ó EXÁMEN ESPECIAL SOBRE LO QUE ESPONEN LOS HISTORIADORES BOVER, EL P. CAYETANO DE MALLORCA Y EL GERUNDENSE, AL CONSIDERARLE COMO NACIDO EN IBIZA.

Si siete ciudades pretendían la honra de contar entre sus hijos al poeta Homero, reputado por algunos como fabuloso, con copia de razones convincentes (a). Si se ignora donde y cuando nació Quinto-Curcio, autor de la vida de Alejandro el Magno, desconociendo como es consiguiente, las particularidades de su vida, contándose hasta trece pareceres diversos, para fijar tan solo la época en que floreció este escritor, que para algunos críticos, no pasa de ser un personaje apócrifo, suponiendo fundadamente, que aquel libro, que tiene más de novela, que de historia, fué escrito por un anónimo en la edad media (b); opinion que siempre he considerado como muy probable. Si Arnaldo de Villanueva, es tenido por aragonés, catalan, rosellonés, etc.; porqué en estos tres antiguos estados, se conocen *Villas nuevas*, etc., esto no debe sorprender, pues de ellos, así como de otros escritores, solo quedan los nombres estampados en las portadas de sus libros. Y no existiendo otro testimonio, ni noticia, el ancho campo de la suposicion, presta sobrado lugar, para encontrar en él, el sitio más apropiado para colocar á tales personajes, en los puntos que más plazca á las fecundas imaginaciones, de los que piensan con sobrada ligereza y escaso raciocinio. Pero que al ilustre Avicena, á pesar de la copia de pruebas y sólidas razones que consigna la Historia, para admitirlo como hijo de Persia, haya aun en el siglo actual, quien pretenda negarlo, señalando á Ibiza, como á su verdadera

patria, es una suposición que solo se explica, como he indicado en mis anteriores artículos, reconociéndola como hija de la ignorancia ó de la decidida voluntad de falsear la Historia, faltando á la verdad y posibilidad, sin lograr por eso, invalidar las pruebas poderosas con que se demuestra el primer aserto, si bien lograrán seducir á los incautos ó ignorantes, que por desgracia abundan en la sociedad.

Entre los contados escritores que opinan en este sentido, y de menguada talla y poco valer, tres son los principales campeones que se presentan para devolver á Ibiza, lo que alguno podrá llamar despojo de sus derechos, de contarla como madre de Avicena. Tales son el Gerundense, el padre Mallorca, y D. Joaquin María Bover. Siguiendo el orden cronológico, debiera principiar la contienda con el primero, pero siendo el último, la piedra de escándalo, por decir así, ó sea el promovedor de este debate, toda vez que la lectura de uno de sus escritos, fué la que entusiasmó al Sr. M. A. y S. de Manacor, haciéndole considerar en cierta época, como un acto de justicia, el salir en pró de los timbres de aquella ciudad, justo y natural es, que esgrimamos nuestra pluma, para vencer al citado campeón, si bien lo consideramos tan baladí, y tan mal pertrechado, que pocos esfuerzos nos bastarán para derribarlo é imposibilitarle, para que jamas pueda levantarse en defensa de su injusta causa, siendo nuestro triunfo el verdadero juicio de Dios. Y como los otros adalides, ni son tan presuntuosos, ni se presentan tan bien apercebidos, su vencimiento será tan pronto como fácil y duradero. Aunque á decir verdad, creemos que si viviesen en el siglo actual, se abstendrían de proclamar tan injusta causa; pero ántes de entrar en la lid, reseñaré sus fuerzas y sus armas para mejor vencerlos.



El Sr. Bover, en un folleto que publicó en Palma en 1839, con el pomposo título *Del origen, vicisitudes y estado actual de la Literatura en la Isla de Mallorca*; para lo que le bastaron 32 páginas en 8.º, de las cuales, 17 son de texto verdadero, y las 9 restantes de notas, no siempre

interesantes, decia en la pág. 8: «La inscripcion de Alfabia, y la que en 1775, se desenterró en la villa de San Juan, escritas ambas en un estilo oriental el más puro, serian suficientes á conservarnos en la persuasion de que esta provincia, que supo producir al famoso Vicena (hasta su nombre vulgar equivoca) médico insigne, gran privado del rey de Persia, instruidísimo en las ciencias, grande astrólogo y matemático, etc.; cuyas obras citadas con elogio por S. Alberto y Sto. Tomas, que se valieron de su autoridad en muchos de sus escritos, le elevan sobre la esfera de los sabios del siglo X.» Como se vé, para el Sr. Bover, el nacimiento de este varon en las Baleares, era un hecho tan incontrovertible, que para deshacer cuanto en contra de esta opinion habian escrito sus biógrafos, le fué asaz sobrado el estilo oriental de dos lápidas que en nada se referian á este suceso (c).

NOTAS.

(a) La antigüedad, que tan solícita se mostró para conservar las grandes obras de sus hombres célebres, desatendió con frecuencia el consignar las particularidades biográficas de sus autores, dando lugar á los más acalorados debates para fijar las más principales. Homero nos suministra una prueba palpable, cuando recordamos que Suidas decia, que veinte pueblos le reclamaban como hijo, conservando tan solo la noticia de que fué enterrado en Ios. Sobre su vida escrita muy posteriormente á su existencia, se han sentado las más inconvenientes y contrarias particularidades, y dando lugar á suponer, que Herodoto y Plutareo no fueron los autores de las biografías que corren con su nombre: así como á creer, que fué un personaje fantástico, como lo prueba el célebre helenista de Hall, Wolf, quien considera que la Iliada es una obra de los Rapsodas. En Francia, Houdart de la Mothe, ha demostrado lo mismo en un interesante escrito. Sus poemas han experimentado diversos cambios y adiciones, interpolándose hasta 1500. versos en la sola *Iliada*, exigiendo una reforma en Alejandría. No contentos con escribir su historia, tal vez apócrifa, hasta se ha creado un retrato, fruto de la imaginacion, del cual ya Plinio acusó su falsedad. César Cantú en su biografía espone las principales opiniones sobre el particular, pero da crédito á su existencia; por mi parte pienso como Wolf y Houdart.

(b) De Quinto-Curcio, atendida su bella latinidad, unos han su-

puesto que es contemporáneo de Tiberio, otros de Augusto y otros de Vespasiano. De él no se hace mencion en ningun escritor de aquellos tiempos, aun cuando algunos supongan que se refieren á él, en determinados escritos. Un profesor de Retórica, francés, decia en el siglo XVII, que era una novela en buen latin, con grandes faltas de Geografía, á veces en extremo notables (y es cierto), demostrando que suponía era un italiano del siglo XIV, que desconocia las regiones donde guerreó aquel héroe, mayormente cuando citaba algunas que fueron ignoradas de los antiguos geógrafos.

(c) La inscripcion de 1775, traducida en 1831, por el inteligente jesuita mallorquin, el P. Juan Artigues, decia así: El precepto es de Dios.—La fuerza es de Dios.—La misericordia es de Dios.—Dios es grandísimo.—No hay Dios sino él.—La riqueza es de Dios. En cuanto á la de Alfabia, la desconozco.

(Se concluirá.)

FERNANDO WEYLER.

RELACION DEL ARTE

CON LA BONDAD, LA VERDAD Y LA BELLEZA.

(Continuacion.)

Prescindir pudiera del *Orientalismo* en sus varios aspectos (indio, egipcio, asirio, hebreo y mahometano), y muy poco diré de él, pues hasta la misma escuela que combato reconocerá, sin duda alguna, el alto sentido moral, y aún más que moral, religioso, de las obras artísticas y literarias de esos pueblos, de esas razas, de esas civilizaciones. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos como en sus palacios, predomina siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, sea contemplándolo, sea sometién dosele: la Religion lo absorbe todo. De aquí la propension de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes, las imágenes gigantescas de los indios, las metáforas esculturales de los egipcios y las fórmulas abstrusas de los caldeos. Cada ingente montaña esculpida en forma de sagrado elefante, cada pirámide ó cada esfinge plantada en los confines de los desiertos, cada mezquita ó cada alcázar mahometano revestido de versículos religiosos ó de afilegranadas combinaciones geométricas de mística alegoría, con exclusion de la forma humana y de toda otra imagen de criatura ó cosa perecedera, es un libro santo que habla de la Eternidad y de Dios: es la cristalización de la infinita poesía que respiran los piadosos versos de los Vedas, del Antiguo Testamento y del Corán... Pero ¿á qué dirigir tan léjos la vista? Nuestro palacio de la Alhambra, mansion destinada al solaz y lucimiento de una dinastía de Príncipes, podría pasar por un templo erigido en honra y gloria de Alá. «¡Alá es grande!» dicen mil y

mil veces los bordados muros: «¡Alá es grande!» parece que susurra el agua al caer sonora de pila en pila, besando al paso la misma leyenda: «¡Alá es grande!» repiten los solitarios ecos de aquellas estancias, nunca perdidas definitivamente para los ensueños de los moros.

Consecuencia necesaria de esta índole invariable de las Artes asiáticas y egipcias, es la falta de equilibrio que resulta entre la idea y la forma de sus conceptos; desproporcion lógica también, por cuanto nace de la gran distancia y diferencia que la religiosidad de los orientales establece entre la naturaleza humana y la divina; entre el hombre y su Creador.

No sucede así en Grecia.—En Grecia, la idea divina se humaniza, ó por mejor decir, se humana: los dioses y los hombres sólo difieren en grado: ya no los separa ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidios; el semidios nació de un dios. Los dioses son unos antepasados remotos de los griegos. El infinito insondable de la Divinidad oriental ha quedado oculto tras las pavorosas tinieblas del Hado, que cobijan por igual á dioses y hombres, y en las cuales únicamente se atreverá á penetrar alguna vez, bien que lleno de sublime horror, el más augusto vate de la antigüedad pagana, el padre de los trágicos, el inmortal Esquilo.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Transportados en alas de su génio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta los Héroes, mezclando la tradición con la fábula y la Religión con la Historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en germen en *La Iliada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, el cantor de Tirios y Troyanos presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, del cual se excluye él con respetuosa humildad, dejando hablar á la Musa. Nada, pues, más revelador, más docente, más edificante en aquellos días, que estas desco-

munales epopeyas, donde el valor guerrero, la fuerza y la hermosura, son como atributos ingénitos del bien moral, y donde la misericordia, con la faz bañada en lágrimas, es uno de los aspectos del heroísmo.

Algunos siglos despues aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie (sobre todo Tirteo, que tan amable y apetecible supo hacer la muerte por la patria), y, con sus odas é himnos nacionales, aplican los sentimientos homéricos á la política y á la guerra. Ellos, y los trágicos Sófocles y Eurípides (ménos grandiosos é inspirados, pero más filosóficos y terrestres que el viejo Esquilo), trajeron, reflexivamente ya á sabiendas, las ideas *morales* al campo de la poesía, como elementos inseparables de la Belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la Religion, la Patria, la Familia. Es decir, que aquellos grandes maestros de la Forma, los patriarcas del clasicismo, léjos de rendir al Arte la idolátrica adoracion que suponen los modernos paganos, lo consideraban como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del órden moral. Si álguien lo duda, recuerde las tragedias de los tres colosos mencionados, ó las comedias del acerbo Aristófanes, terror del corrompido *Démos* ateniense, y verá en todas ellas exaltada la virtud, befado el vicio, odioso el pecado, solvente al pecador (ya en los dias de su vida, ya en su descendencia), y, dominando sobre todos los esplendores mundanales, el poder eterno del Destino.

Pero ya me parece estar oyendo el argumento—aquiles de los partidarios de *el Arte por el Arte*.—«¿Y las Vénus griegas? (exclamarán enfáticamente): ¿no son bellas también? ¿no son artísticas? ¿no lo proclama así todo el orbe? ¿no están expuestas hoy mismo á la admiracion pública en los Museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el Vaticano? Y ¿qué mérito *moral* podrá atribuirse á tales portentos de *belleza*? ¿qué sentido filosófico? ¿qué tendencia civilizadora? ¿qué fin plausible, ó tan siquiera honesto y decente?»—«¡Ninguno!» Concluirán los fanáticos de la forma, tratando de hacernos creer que las Vénus por el cincel griego son la apoteósis de la perfeccion pura-

mente física, la Belleza divorciada de la Bondad, el impudor en triunfo, la desnudez divinizando el pecado, una reproducción constante de la célebre defensa de Frine, la derrota, en fin, de la Moral ante el poder de la Hermosura...

Séame lícito replicar con algun detenimiento á esta objecion, tan formidable en la apariencia.

Ya lo dije hace poco: para los griegos, la perfeccion humana llegaba siempre á confundirse con la realidad divina: lo terreno y lo olímpico (ó sea lo temporal y lo eterno, que diríamos hoy), sumábanse en su imaginacion como cantidades homogéneas, y de aquí el carácter esencial de sus armónicas Artes, basadas en un perpétuo equilibrio entre la inteligencia y la fuerza, entre el espíritu y la materia, entre la idea y la forma. La Belleza era allí, por lo tanto, distintivo de Santidad; y Vénus, arquetipo de la hermosura femenina, y, como tal, madre del Amor, figuraba en aquella religion politeista entre las Deidades Mayores, no ciertamente en cuanto beldad individual, presentada á la concupiscencia de los sentidos, sino en cuanto beldad simbólica y mística, dechado de providenciales gracias; como númen propicio á la eterna Ley, que es fuente de la vida; como la Flora, como la Pomona, como la Amaltea del linaje humano.

Así lo ha comprendido la austera civilizacion emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas, dado el criterio de la Gentilidad, esas desnudeces de ideales abstractos, que luégo reprodujo el pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva. Pero, no lo dudeis: tan pronto como tales figuras trocaran su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significacion sagrada, la inverecundia del modelo se reflejaría en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascendería á la estatua, sublevaríase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habria que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *Museos secretos*,

como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia, cuando se ponen en abierta pugna con los fundamentos sociales.

Ni ¿qué mayor demostracion de mi aserto que este otro hecho elocuentísimo? Cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra veneracion. Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó escrúpulos terrestres, rebaja la dignidad y ofende el decoro de la belleza olímpica. *La Vénus de Médicis* está reputada como la más púdica, inmaterial y candorosa creacion del Arte helénico, por lo mismo que su desnudez es absoluta: ¡nadie ve en ella á la mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inícuca absolucion de Frine; no representan el triunfo de la Hermosura sobre la Moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devocion mística el amor terreno; simbolizan la union hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores, traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que si un Tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensacion, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tébas.

Nada más diré acerca de los griegos, considerados dentro de su patria... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su sávia divina y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiracion del alma...—Huyamos tambien nosotros de este pueblo moribundo, y trasladémonos á Roma.

Los romanos tenian dioses de igual naturaleza que los griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habian colocado casi á la misma altura que la santidad de aquellos númenes la santidad de la Patria, la santidad de la Familia, la santidad del Hogar, la veneracion de los Antepasados, la religion de la Justicia

y del Derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada órden, y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los romanos un carácter más práctico y ménos contemplativo que el griego, requería una *finalidad* más declarada en el Arte, como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres, y aún la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesía.—Por otro lado: si la ciencia pura extinguió muy luégo en el Lacio la fe religiosa, como ya la habia extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde esa fe dimanaba y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, mientras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo en idéntica contradicción, buscó en las disputas de los decaídos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entónces las escuelas morales predominantes allende el Adriático: la estóica y la epicúrea.

Predicaban los Estóicos una virtud austera y desdeñosa, sin origen ni esperanza; un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso; grande en su desolación por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificación de esta filosofía, no solo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *¡Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y

querian hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan flexible degeneró en un sensualismo refinado y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y también más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reveló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará, pues, su famoso y malhadado poema (*De rerum natura*) de mero alarde retórico ó de lucubracion indiferente á la Ética! A mayor abundamiento: en el fondo de esta obra impía, se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la moral, y hasta cuando, partiendo del error, el mísero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afán de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con el *Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cínicas; salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero, ya lo indicamos en sazón oportuna: semejantes obras pertenecen al orden de los pecados: la delectacion que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente, y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldria á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sancion de la humanidad, la gloria pública, la luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siempre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin con-

sideracion alguna á la pretendida independencian del Arte y la Moral. Entónces el infeliz expatriado renegó tambien de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegias de *Los Tristes* y *De Ponto*, y alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia. — ¡Otorguémosela!

Horacio, por más que tambien fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estóicos la Virtud; y tan elevado concepto tuvo del Arte, que sólo á impulsos de él, y como caso de buen gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Caton de la forma y el Epicuro de la honradez*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*Omne tullit punctum qui miscuit utile dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas, y fué el poeta ménos popular y más aristocrático de su tiempo. «*¡Satis est equitem mihi plaudere!*» dice él mismo con arrogante desenfado. — Nada añadiré acerca del clásico por antonomasia: hable por mí su *Arte Poética*, de todos conocida, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

(Se continuará.)

LA CAPA ESPAÑOLA.

DEBAJO DE UNA MALA CAPA...

Hay cosas que valen más que el pabellon nacional, y así es que mientras muchos españoles abandonan su bandera, ninguno deja de guardar la capa, ese paño redondo con cuello y esclavina y vueltas de terciopelo ó de pana, con que nos abrigamos de los aires sutiles, que sólo son fríos en esta tierra cuando vienen del extranjero.

La capa llamada española, para distinguirla de la pluvial, parece cortada sobre nuestros mismos hombros; encaja tan bien en ellos que, sin duda, el sastre que la cortó conocía mejor el patron que el paño.

Ninguno de los demas habitantes del globo tiene un abrigo de tanto vuelo con que envolver su dignidad, y en que hundir la nariz para guardarla de estornudos.

Abríguense en buen hora con pieles de osos y demas animales feroces, que aquí preferimos la lana del cordero tejida en un gran vellon de modestia. Un español de pura sangre se ruboriza al quitarse la capa viendo su casi desnudez á la intemperie; y no es que seamos contrahechos ni de pantorrillas delgadas, sino que tenemos el instinto de tapar; por eso nos es tan necesario ese mueble, que estrenamos cuando nos visten de hombre, como las muchachas la mantilla cuando salen de largo.

La capa es la investidura del grado de Licenciado de hombre, que vale mucho más que el de Doctor en ambos derechos, por lo cual todos echamos aquí nuestro párrafo de Teología.

Muchas veces el hombre es el traje, y otras el traje es el hombre; por eso el tío Roque es á la capa lo que Napoleon al sombrero, al sobre-todo y á la caja de rapé: Roque es el Napoleon de la capa, y lo mismo da contar la

historia del uno que de la otra, porque los dos estuvieron en los mismos Bailenes y San Quintines; como que no había cicatriz en el uno que no correspondiese á un remiendo en la otra, y porque los dos habían nacido en el confín de tres reinos, y habían marchado juntos á buscarse la vida honradamente más cerca del mar, aunque en pueblo que aún no lo era de pesca.

Allá asoma el tío Roque; en España los pobres son ademas tíos, por aquella máxima evangélica: á quien Dios le da hijos, el Diabolo añade sobrinos. Se asoma á la puerta con un cordel al hombro, y, al sentir el cierzo del Algarbe, vuelve la cara á Huelva; cruzados los brazos por abrigo, sale á la plaza en cuerpo gentil, tirando del ronzal, y como tras de la cuerda va el caldero, aparece un potro, *Zapata* fino, con la capa de su amo echada sobre el lomo: es el porvenir de Roque si sale bien de la recría aquel diamante comprado con el sudor frío de dos sustos, uno en el campo de San Roque, y el otro en la frontera de Portugal; pues el mozo es vividor, y no se pára mientras puede andar por tierra.

Nunca una capa ha cubierto perfil como el de aquel cuarto trasero, ni por debajo de guardapiés salieron jamas tobillos tan airosos como los corbejones de Trabuco, nombre que dió Roque al jaco no por la violencia de su arranque ni por la lumbre de su aliento, sino por las narices que abría, del tamaño de naranjas, para oler á los soldados. Dios le guarde de pulmonía y de mal de ojo, que para ayudar á Dios echó Roque su abrigo al bayo, y le colgó del cuello un diente de javalí, arrancado el día de San Anton.

Todo el mundo se detiene á ver el animal que parece agacharse, doblando las patas de atras bajo el peso del manteo, mientras levanta la cabeza por encima de todos para mirar al campo libre. Algunos alzan el embozo, y el tío Roque, lleno de orgullo y de modestia, dice:

—La capa es mala, señores; pero debajo de una mala capa hay un buen animal.

—Por muchos años, le contestan.

—Con Dios, que tengo prisa.

Pero con toda su prisa se hace el remolon á cada grupo, desde su casa al abrevadero, y desde el abrevadero á casa. Ni tiene frío, aunque le entra el aire por una costura deshilachada que tiene el pantalon en el mismísimo sitio en que luce el *Zapata* la hermosura de la cola.

—¿De dónde vienes?, Roque.

—De abrevar al jaco, mujer.

—Pues se habrá bebido las ojas del Guadina, porque has tardado tres horas.

—Muy largo se te hace el tiempo sin mí. Todos se pararán á ver el potro; ha de levantar más polvoreda con las manos que una diligencia cuando rompe al trote.

—Anda, que es hora de que vayas á ver al padrino para que echen tierra en aquello; ¡maldito sea el papel!

—Si negué.

—No importa; trae aquí, yo ataré el potro.

—Pues con Dios.

—Pero ¿á dónde vas á lucir el cuerpo?; ponte la capa.

—No quiero.

—¡Si te figurarás que eres un mozo!; ya tienes cuarenta años.

—La flor de la edad, mujer.

—Embózate, y á ver al señor.

—Vaya un empeño raro; te digo que no me pongo la capa.

—¿Por qué?

—Porque creerá la gente que tenía frío cuando he llevado al potro á beber.

—Pues, mira, no hay más remedio, porque tienes un roto en los pantalones; te lo habrás hecho hoy.

—Es verdad, no me acordaba ya.

—Cuando me venga bien te daré un punto.

—El año que viene, que es bisiesto.

Roque extendió la capa al sol, y á la mitad de la tarde vió las estrellas y la tajada de la luna. Con un gesto de dolor, instintivamente sacudió el paño para dejar caer los agujeros, y se echó la capa en los hombros.

Va sosteniendo el descuidado embozo con el brazo iz-

quierdo en jarra, el calañes inclinado á la derecha, y el puro caído á la izquierda, con la cabeza alta, sin mirar á nadie, calle arriba, cediendo la acera á las muchachas y á los curas, y tomándosela á las viejas y á los señoritos. Nadie se figuraría que aquel paño, casi escurrido de los hombros, cubriese tan espacioso pecho y tan largo giron, roto del ilustre linaje de los Girones, emparentados con los Siete Infantes de Lara: vean ustedes como debajo de una mala capa hay un buen giron.

El bueno de Roque anda despacio, hasta embobarse en el corro de un charlatan que, subido en una mesa, pasa las anillas, y acierta el naípe, y escamotea la peseta, para reunir compradores del agua que fortalece las encías afirmando las dentaduras; y con tanta labia pregrona las virtudes del elixir, que Roque, echando á un lado el embozo, suelta ocho cuartillos por un bote; y sigue escuchando las alabanzas de un parche que cura todas las relajaciones, ménos las del pantalon, y afloja otra media peseta por la bisma, que envuelve en el pañuelo para que no se le pegue á la capa.

El bueno de Roque es crédulo como un niño grande, y se bebe los milagros de un unguento garantizado, á la vista de todo el mundo, por la prueba en un gafo que no puede ni santiguarse, y acabado de untar, cuando apénas le reluce la piel, maneja la zarpa como si tal cosa hubiese tenido entumecida, con lo cual Roque da la peseta por el canuto plateado. En verdad que bajo la mala capa del tío Roque hay un buen creyente.

Por fin se emboza, y sigue hasta un caseron en que se entra como Pedro por su casa, sin saludar á los lacayos, que le miran de reojo, y él ni por la cola del ojo á ellos. No se quita el sombrero ante los figurones de tapiz colgados en las paredes porque no conoce á Apolo, ni se pára en Dianas, ni tiene de pagano más que el vino. Anda sin detenerse hasta el despacho del señor en que hay, formando estrellas, arcabuces, trabucos y escopetas, pistolas y puñales, tizonas y cuchillos de monte, y descomunales cornamentas, trofeos á que saluda el mestizo de andaluz,

murciano y castellano, ingerto de estremeño y fronterizo, quitándose el sombrero.

—Señor, vengo á ver si se echa tierra ó no se echa tierra en aquello.

—Luégo me echaré la capa... y descuida.

—Si V. S. se echa la capa no hay más que hablar.

—Has venido muy á tiempo; mañana hemos de ir al campo, y nos acompañarás.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—A las ocho estoy aquí con el caballo de batalla. Si no he venido á las ocho, réceme V. S. un padre nuestro para que Dios me saque de pena, porque será que me han llevado al purgatorio ó á la cárcel. ¿Y quiénes somos?

—Los de las conferencias agrícolas, que vamos á la dehesa á estudios prácticos.

—Entendido.

—Conque adios, Roque.

Roque se paró á la puerta, porque no sabía si tomar á poniente ó á levante; pero enderezó por el sur hácia el último barrio que habían dejado los moros en poder de los cristianos, el cual, por una singular anomalía, que no aclaran los historiadores filósofos, fué el primero que abrió una taberna, aunque no hubiese cerrado aún el último haren.

Con la capa terciada, acompañaba en la vihuela á una bandurria, sinfonía de entre vaso y vaso, aplaudida por los circunstantes, pues si no tocaba música del porvenir, la punteaba española hasta imitar los timbales en los instrumentos de cuerda.

Cada vez que la concurrencia exclamaba—que se repita—los rasgueadores volvían á beber, y siempre firmes, pero más animados, particularmente Roque, que se desahoraba girándole el sombrero, lo de delante atrás, por el temblor del entusiasmo, pues debajo de aquella mala capa hay un buen músico. Así es que no desafinaron hasta que el de la bandurria quiso cantar patrióticas, á lo que se opuso Roque, porque era persona de orden. Los oyentes azuzaron, los músicos sostuvieron sus principios á guitarrazos,

saltaron cuerdas y astillas, y, á la última, arrollándose la capa al brazo izquierdo, tiraron de las navajas; pero, como eran diestros, sólo pudo alcanzar algun tajo al escudo. Los combatientes peleaban por la patria con todo el ardor de las convicciones, y si no se degollaron, no fué por faltarles gana, pero se interpuso no sé quien, y, poniéndose las capas, lo dejaron para otro día, pues debajo de dos malas capas hay un buen par de ciudadanos.

Todo el mundo, temiendo que al reclamo del ruido acudiesen los alguaciles, tomó la puerta, ménos Roque, porque la vió tan pequeña como el ojo de una aguja, y, rebujado en la capa, echando el respaldo de la silla contra la pared, y con los piés en el travesero superior, exclamó:

—¡Por vida del Dios Baco!, y se durmió hecho un lio, mientras el tabernero recogía las astillas de la música para cocer la puchera.

Empezaba Roque á soñar que era ministro, cuando entró un ministril de veras, sin ensanchar la abertura de las puertas entornadas, escurriéndose de filo:

—Alto á la justicia.

Despues de mirar á todos lados preguntó:

—¿Qué hay debajo de aquella mala capa?

—Un buen bebedor, contestó el tabernero.

El corchete fué á tirar de la capa á Roque, y como era la parte más sensible de su cuerpo, se despertó agarrándose con todos los dedos al paño. Cuando Roque vió quien era, se tranquilizó, y le dijo:

—Compadre, mucho has madrugado hoy; áun hay luces encendidas.

—Como que son las nueve y media.

—Pues ¿á qué hora sale hoy el sol?

—Las nueve y media de la noche.

Roque miró á todos lados, y se dió aire con la capa.

—Tienes razon, había perdido el tino; pero he descabezado el sueño.

—¿Estás herido?

—Yo no, y si me hubiesen abierto, ya estaría cicatrizado.

—Pues á verlo, porque ha habido brega.

—Míralo.

Roque abrió los brazos tendiendo la capa como si fuera á echar á volar.

—¿Y esa hojal en la capa?

—Es un descosido.

—Si no hay costura, hombre.

—Pero había zurcido.

—Pues era una cuchillada.

—Claro; si es la cuchillada de la amnistía, porque fué delito político: no te metas en eso, que es delicado. Anda, Traga-Luces, dale á este un vaso para cortar la mañana.

—Dale; ¿no te he dicho que es de noche?

—Pues para cortar la noche, hombre; alúmbrale Traga-Luces, que yo pago; y apúntalo, no se te olvide.

—Conque dime la verdad, ¿qué ha habido aquí hoy?

—Hoy nada; anoche tocamos la vihuela.

—¿Y qué más?

—Y se la rompí en las costillas al Cuco.

—Bien hecho, es un perturbador; no hablemos más del asunto. A tu salud, Roque.

Poco despues salían el corchete por un lado y su compadre por el otro, y tantas esquinas volvió Roque, y tan pegado á la pared andaba, metido en las sombras de los faroles, que no se han librado de lechuzas á pesar del petróleo, que le perdimos de vista, como si le hubiese sorbido la tierra; hasta que cerca de un caseron de muros desmantelados le volvemos á encontrar, en el instante en que una ronda de carabineros le da el alto.

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Ver ese bulto que lleva V. bajo la capa.

—Es mucho cuento; le digo á V., señor *segundo*, que no es contrabando.

—Pues á verlo.

—Escuche V. una palabra al oído.

—Soy sordo; hable V. alto, y desembócese V.

—Pero ¿no comprende V. que si fuese contrabando no me habría dejado cojer?

—No lo comprendo.

—¿Y no comprende V. que si fuese contrabando no llevaría la capa?, que cae en comiso. Pues si no le convence á V. esto...

—He de verlo.

—Pues miren ustedes.

Roque, desembozándose, presentó á la ronda un niño recién nacido.

—Me han cogido ustedes cuando lo llevaba á la inclusa. ¿Están ustedes convencidos de que debajo de esta mala capa no hay más que una criatura?

—Tenía razon, no es contrabando, dijo el *segundo*, y siguió su camino.

—Oiga V., punto en boca porque es de un señoron.

—¿Y á mí qué?

—Si chista V., le llevan á la comandancia de Huesca.

Era muy entrada la noche cuando Roque se retiró á su casa, y muy tarde cuando concluyó de contar á su mujer las aventuras de la capa, mientras ella daba un punto á los pantalones, para que al otro día se presentase decente su esposo en compañía del padrino.

Hasta los caballos se alegran de la aurora, casi tanto como los poetas, y así es que los de la comparsa de Roque, levantando la cabeza, saludaban con tiernos relinchos al rosicler de la mañana; Roque al verse en campo libre sentía un placer propio de los anchos pechos de la tierra. Los señores de la cabalgata iban discutiendo al traves de un erial sobre los pastos artificiales, conversacion en que Roque no metió baza, sin duda por respeto.

Andando, andando, llegaron á un sitio en que la yerba era una hermosura, y espontáneamente saltaron todos de las sillas, y ataron los caballos á los árboles para internarse en el prado natural, como lo hicieron.

Cada uno recogía ejemplares de las pomposas yerbas, hasta que, desahogado el primer entusiasmo, se reunieron para almorzar. Concluida esta preparacion indispensable, uno de los de la comision, limpiándose los labios, empezó de esta manera:

—Señores, ni el sitio, ni la hora, ni la escasez de mis conocimientos, ni la limitacion de mis facultades, son circunstancias oportunas para un discurso; por eso me limitaré...

El orador se quedó un momento con la boca abierta; y, descomponiendo su actitud clásica, gritó, ¡un toro, un toro!, y todos vieron con estupor á la fiera, que los miraba y los arremetía; pero afortunadamente, ántes de llegar á los aturridos, que tropezaban unos con otros, se encontró con la capa de Roque extendida como un telon; el toro pasó, con un resoplido, por entre los pliegues de la capa, y, revolviéndose para cogerla, volvió á tener delante aquel paño severo, que le rozó por las narices, y le hizo, con un recorte, rodar por el suelo; cuando se levantó estaba otra vez provocadora la capa, que á la quinta *Verónica* había parado los pies del bruto. Los de las conferencias estaban ya por las ramas, y hasta algunos aplaudían á Roque, en el ardor del entusiasmo.

—Todos le abrazaron, cuando se fué el toro, y uno dijo:

—Eres un valiente, no sabía yo que bajo tu mala capa hubiese un buen torero.

—Para vivir en este país hay que saber un poco de todo.

La comision montó á caballo, y apretó las espuelas; cuando iban á detenerse más adelante notaron detrás unos bultos montados, envueltos en capas, y no queriendo saber si se embozaban por frío, por vergüenza ó por trabuco, que todo eso puede cubrir la capa, rompieron á galope, y entraron á escape por la puerta de Almanzor en los patrios muros.

Roque, siempre sereno delante del toro, al ver á los de las capas, prometió al santo de su devocion, que era Santiago, confesarse devotamente al otro día, si no eran secuestradores aquellos importunos; y no hizo la promesa por miedo propio, sino para evitar que alguno sospechase de él, creyendo que los había llevado á la emboscada, lo cual hubiera sido una mancha en su honra, pues debajo de aquella mala capa había una honra limpia; y como el santo hizo el milagro, no hubo más remedio que cumplir la promesa, porque Roque andaba en lances en que no le convenía estar mal con el patron de España.

Por eso, tempranito, á la mañana siguiente, se iba Roque hacia la parroquia, con el sombrero tirado adelante, sin embozo, sujeta la capa por la bellota del cuello, y caída á modo de beca. Andaba tan pensativo, con los ojos bajos, y tan derecho á la iglesia, con tanto dolor de corazon en el semblante, que bien se veía que debajo de aquella mala capa había un buen cristiano.

Iban resolviendo satisfactoriamente Roque y el cura las pequeñas dificultades sobre amar á Dios, jurar en vano, y otros pormenores, cuando el confesor exigió del penitente promesa de dejar el contrabando por ser una defraudacion á la hacienda, en lo cual no estaba conforme Roque, por no comprender que la nacion sea alguien. Tan reacio andaba, que se permitió discutir, aunque con el debido respeto:

—Pero, señor, los mandamientos de la Ley de Dios no hablan del contrabando.

—Pero lo prohíbe la ley.

—Pues tendré que ir á confesarme á Gibraltar, en donde no hay tal ley.

—Pero has de guardar las de tu patria.

—Conque cree V. que el gobierno puede añadir y quitar pecados; pues V. es de esos á quienes llaman hoy... calle V. que no me acuerdo... ¡ah!, sí: ultramontanos.

El confesor, ex-fraile, prorrumpió en una carcajada épica, y tan en gracia le cayó la salida, que tras breves exhortaciones dió la penitencia y la absolucion á Roque. Cuando éste se iba, dijo al cura:

—Se me olvidaba; tengo rapé capuchino; pero, como no le contestó, se fué sacudiéndose el polvo de la capa, que cubría un buen arrepentido.

Poco despues, Roque, á la puerta de la iglesia, se embozaba muy satisfecho porque se había salvado; y echó á andar en ayunas, aunque nadie se lo hubiera conocido.

Cuando se iba á almorzar, por los restos de su gallardía y de su capa, todo el mundo hubiera conocido que bajo aquella mala capa hay un buen español.

RETRATO DEL SR. CONDE DE MONTEREY

EN LA CASA DEL

AYUNTAMIENTO DE PALMA DE MALLORCA.

Una pintura cubierta de polvo, colocada en un marco deteriorado, colgada á bastante elevacion, y á mala luz, en una pequeña sala de la casa del Ayuntamiento de esta ciudad, atrajo nuestras miradas, y con el interés que inspira siempre aquello en que se vislumbra ó reconoce el especial sabor del arte, llamamos sobre aquel lienzo la atencion del cuerpo municipal, alcanzando se le tendiese una mano protectora, y se verificase en él una sencilla limpieza, que se restaurase el marco, y que se le colocase en situacion más distinguida y honrosa.

La obra de arte de que vamos á ocuparnos es el retrato, de cuerpo entero y tamaño natural, del Excmo. Sr. Conde de Monterey.

En el ángulo superior de la izquierda, pintado al parecer de otra mano en más reciente fecha, se ve el escudo de armas de la ciudad de Palma, y en la parte inferior la siguiente inscripcion: «*El Excmo. Sr. Conde de Monterey protector de esta ciudad y Reyno.*» El personaje está de pié, con la cara y cuerpo ladeado hácia la derecha, con la mano izquierda indicando en el fondo una carga de caballería; en la mano derecha tiene el baston corto de general, y la cabeza descubierta y adornada con gran peluca. Su traje consiste en una rica media armadura, botas de montar de piel de ante, faja encarnada, lazo azul en el cuello, sugetando una especie de gorguera ó chorrera de encaje, y pendiente de una cinta, la venera de la órden de Santiago. Una mujer jóven, que parece simbolizar la Fama, y en

una espalda desnuda se ve una ala, se adelanta en ademán de colocar un casco sobre la cabeza del personaje.

He ahí la descripción sucinta de la obra de que vamos á ocuparnos, con lo cual esperamos se la tenga en más aprecio.

Al atraer dicho lienzo nuestra mirada, nos inclinábamos á reconocer en aquella pintura un carácter muy semejante al estilo de Van Dyck: el traje de la figura, de algo más reciente época, desorientaba nuestro juicio: á pesar de esto, cuanto más la mirábamos más y más aquel carácter especial nos afirmaba en la idea de atribuir aquella obra, caso que no fuese del célebre pintor Flamenco, á alguno de sus discípulos ó imitadores.

Indagamos de quién era el retrato; no pudimos dar con antecedentes satisfactorios: no figura con este título persona alguna en la lista de los Virreyes: en el Archivo del Reino no pudimos averiguar ni una palabra: en la Secretaría del Ayuntamiento se ignora lo referente al Conde de Monterey, y solo por tradición se sabe, como espresa la inscripción, que fué protector de la ciudad y Reino.

Picaba ya en historia no poder dar con la de tan notable personaje, legado en efigie en un lienzo de notable mérito: y por segunda y tercera vez no dieron resultado nuestras indagaciones. De una palabra vaga se deduce que tal vez pudiera ser el Ilmo. Sr. Virrey D. Juan Francisco Cebrian, Conde de Fuenclara, Gobernador de la Isla en 1671... pero eso no es más que una muy aventurada suposición, ni es para nosotros cosa de tanto interés que nos obligue á recurrir á los archivos de la Córte para saber quien era el Sr. Conde de Monterey, pues á lo que debemos concretarnos es al cuadro.

El Sr. Conde de Ayamans, posee otro ejemplar de dicho retrato de igual tamaño: está muy deteriorado, aunque bien conservada la cara, pintada con mucha frescura de tintas: pero la parte inferior del cuadro ha sufrido una restauración poco feliz: la procedencia de ese es del convento de PP. Dominicos de Palma, en donde lo tenían completamente abandonado, y lo cambiaron con otro que representaba á San Gerónimo.

Conservado, y colocado dicho retrato en digno y decoroso sitio, habíamos casi olvidado nuestro empeño, cuando llamó nuestra atención un párrafo, con referencia á dicho personaje, inserto en un interesante artículo publicado en la *Gazette des Beaux Arts*, correspondiente al 1.º de julio de 1869, cuyo título es *Gonzales Coques y la familia Ricckaert*: dicho párrafo literalmente traducido dice así: «El éxito de Gonzales Coques duró toda su vida. En 1671, el conde de Monterey, gobernador general de los Países-Bajos, le escogió por su pintor oficial.»

Leimos entónces con toda detencion el precitado extenso artículo, y la biografía detallada del referido artista Flamenco en la interesante obra de Mr. Charles Blanc *Les peintres des toutes les ecoles*.

Gonzalo Cocx, que tales parecen ser sus primitivos nombres y apellido, se hizo notable en la escuela de Pedro Brueghel: desde la cual pasó á la de David Ryckaert. Desde muy jóven habia demostrado predileccion por pintar retratos.

Van Dyck acababa de morir: la Flandes lloraba tan sensible pérdida, pero el jóven pintor intentó llenar aquel vacío: y realizó su aspiracion. Con fundamento se ha dicho que Gonzalez era un Van Dyck. Probablemente no le conoció, pero es indudable que tomó por modelo sus retratos, y por norte su estilo.

Al poco tiempo era tal la fama de su nombre, que todos los potentados se apresuraban á protegerle, su nombre y sus obras se conocian ya en toda Alemania y en Inglaterra, Carlos I y el elector de Braudebourgo, las pagaban á crecido precio.

Alcanzó tambien lo más difícil de alcanzar, el aprecio y la distincion de los demas artistas: por dos veces obtuvo el nombramiento del cargo de Decano ó Presidente de la asociacion ó gremio de San Lúcas, prestándole grandes servicios, en la defensa de sus fueros y privilegios, principalmente la exencion del servicio de las armas, pleito que ganó despues de catorce años de duracion. Los miembros del gremio, le regalaron la suma de 1550 florines, no como

en pago de su trabajo, sino como compensacion del tiempo invertido en la defensa.

Reseñar uno por uno los interesantes detalles de la biografía de este artista notable, es empresa demasiado estensa para llenar algunas páginas; quien desee conocerla detalladamente puede recurrir á las obras de que se ha hecho mencion.

Sabemos con probabilidad, casi con certeza, que el autor del retrato del Conde de Monterey es Gonzales Coques; sabemos que este artista fué no tan solo un retratista de gran fama, sino tambien el que en dicho género de arte, llenó el vacío del célebre Van Dyck: eso era á nuestro modo de ver lo más importante.

Mas no se crea por esto que Gonzales se dedicase esclusivamente á los retratos. Los asuntos especiales á la escuela Flamenca, fueron tambien por él tratados con notable éxito. A la vista tenemos tres interesantes grabados de tres obras suyas: un *descanso campestre* cuyo mérito debió considerarse de gran precio, pues en 1857, Lord Hertfort, pagó por dicho cuadro 45.000 francos. *Un interior Holandés*, y un *retrato de cuerpo entero*. Varios y distintos han sido los precios pagados en relacion á la importancia de sus obras; pues como la mayor parte eran retratos por encargo, á causa de hallarse vinculados en las herencias, ó por aprecio de familia guardados cuidadosamente, resulta que escasean en las ventas de colecciones. La más numerosa coleccion de obras de Gonzales, son los seis que ha podido reunir en su preciosa coleccion el Conde Dubus de Ghisignies en Bruselas.

Existen cuadros de Gonzales Coques en las siguientes galerías: Aix la Chapelle.—Palacio Buckingham.—Museo Británico.—Coleccion de M. J. Walter.—Id. de Lord Ellesmere.—Id. de M. Robarts.—Id. de Sir Roberto Peel.—Stafford.—Coleccion de M. Hope.—Id. de M. Labouchere.—Id. de M. Laudsdowne.—Blenheime.—Coleccion del Marques d' Herfford.—Museo de Amberes.—Coleccion de M. Calesberg.—Aviñon.—Bruselas.—Galería D' Aremberg.—Dresde.—La Haya.—Nantes.—Valencienes.

En el Museo del Louvre, no figura ni un solo cuadro de Coques: no recordamos haber visto ninguno en el Museo de Madrid.

Dicho retrato, es pues digno de especial aprecio, ya por su mérito artístico, como por la escasez de obras de dicho autor, las cuales con tanto afán se buscan y á crecidos precios se adquieren.

JUAN O-NEILLE.

TRADUCCION DE HORACIO.

(Oda 19.^a Lib. 1.^o)

Á FUSCO.

Quien de maldad exento
Goza, mi Fusco, irrepreensible vida,
No del Moro sangriento
La aljaba lleva al hombro suspendida,
Ni abraza el arco, ni la flecha prueba
Que oculta muerte en su veneno lleva.

Ya por las arenosas
Y áridas Sirtes su camino sea,
Ya por las espantosas
Sendas del fiero Cáucaso se vea;
Ya oiga por sus márgenes vagando
Al fabuloso Hidaspes murmurando.

Pues yo no ha mucho andaba
Tranquilo, inerme y libre de cuidados,
Mientras que atravesaba
De la Sabina selva los collados,
Y en una encrucijada temeroso
Un Lobo huyó de mí muy presuroso.

Fiera tan monstruosa
No en sus poblados bosques le alimenta
La Daunia belicosa;
Ni Mauritania abrazadora cuenta
Por mas que les dé pasto apetecible
Aborto en sus engendros tan horrible.

Pónme en region helada
De ingratas y de estériles llanuras,
Do el aura regalada
No suene, ni haya un árbol, ni verduras,
Region que niebla cubra eternamente
Y el Júpiter contínuo la atormente:

Pónme bajo la zona
Que el Sol con sus ardores siempre abrasa,
Tierra que no se abona
A habitacion ni permanencia escasa:::
En todas partes de virtud armado
Descansaré feliz y regalado.

M. V. A.

5 Enero 1845.

MISCELÁNEA.

Acaba de ver la luz pública el primer cuaderno del tomo IV del *Memorial numismático español. Colección de trabajos, artículos, etc., sobre la numismática antigua y moderna, especialmente la española*. El sumario de dicho cuaderno es el siguiente:

Un punto importante en la primitiva numismática romana.—Carta del Excmo. Sr. D. Vicente Vazquez Queipo á D. Jacobo Zobel.—Nuevos descubrimientos en la numismática española, por D. Álvaro Campaner y Fuertes.—Continuacion. Séries Aragonesa y Catalana, por D. Arturo Pedrals y Moliné.—Materiales para una monografía numismática de nuestras colonias. Artículo II, por D. Álvaro Campaner y Fuertes.—Correspondencia. Carta de D. Jacobo Zobel á D. Fernando Bernaldez como suplemento á las publicadas en el tomo II de este Memorial.—Bibliografía.

Son conocidos de nuestros lectores los estensos conocimientos que nuestro amigo y compañero de redaccion, Sr. Campaner, tiene acreditados en numismática, por tanto nos abstendremos de hacer elogio alguno de dicha publicacion, que en esta Revista pudiera, tal vez, parecer algo apasionado.

* * *

Al tiempo de cerrar el presente número, recibimos el libro titulado *Estado religioso y social de la isla de Mallorca*, como recuerdo que nos dedica su autor, D. José Taronjí, Pro. La brevedad del tiempo y la delicadeza del asunto que en dicha obra se trata, nos impiden consignar por hoy nuestro juicio. Agradecemos el obsequio.